

# LA CULTURA TRANSFORMADORA DE LA DEMOCRACIA

Luis Pastori

Antes que nada quiero felicitar a los organizadores de estas Jornadas, y pido benevolentemente que no se me aplique ni se compute este tiempo de proemio a los veinte minutos que tengo asignados en la mesa, porque he tratado de ser casi exacto dentro del tiempo previsto.

Aquí se está dando una enseñanza que es bueno que las nuevas generaciones comprendan cabalmente; porque la gente joven, mucha de esa gente joven, no la conoce porque no les tocó vivir las etapas trágicas de las dictaduras que, afortunadamente, hemos dejado atrás, yo aspiro que para siempre. Y un segundo elemento positivo de estas Jornadas, lo significa el que se ha demostrado que en este país se puede convivir, que en este país cada ciudadano puede tener sus ideas sin que eso signifique un signo de choque violento o virulento contra las ideas de los demás. Un país que se reúne en una mesa a departir, no bajo el tono de una idea preconcebida, sino en una concertación de pensamientos, ya es un país que

está cara al porvenir, y me complace, pues, que se estén sucediendo estos actos en Mérida, que es la ciudad universitaria por antonomasia de Venezuela, y entre un grupo de amigos, con los cuales guardo hace mucho tiempo vínculos muy estrechos de afecto y camaradería.

Y antes de entrar en la materia quiero dar las gracias por acompañarme esta noche a Juan Liscano, poeta e intelectual venezolano, siempre alerta ante las actuaciones y situaciones de la cultura nacional, casi autor de los primeros buceos sobre nuestro folklore, allá por la época de la Junta Revolucionaria de Gobierno y cuando la Toma de Posesión de Gallegos. Yo recuerdo que una vez, en la Victoria, fue quien investigó un baile muy raro, folklórico, llamado "La Llorá", que se baila y se toca solamente en ese pueblo de la República. También al Maestro Jesús Soto, gran compañero y amigo de buenos años y otros no malos, algunas veces desequilibrados, que nosotros con nuestro entusiasmo y nuestra fe en el país, hemos tratado de llevar

fraternalmente.

Cuando hablé con el amigo Rigoberto Henríquez por teléfono, me sugirió la conveniencia de presentar una ponencia escrita, puesto que se iba a hacer una memoria exhaustiva, y creo que así debe hacerse en este milagroso encuentro vital de Venezuela. Así es que voy a leer la ponencia, que en algunos puntos coincide con lo dicho por Liscano, mi antecesor por privilegio de iniciales, y con quien no me había puesto de acuerdo para ello deliberadamente.

### CULTURA Y DEMOCRACIA

Los incontables procesos que intervienen en la formación Social hilvanan una trama cuyo tejido ha constituido un reto permanente para la sabiduría del hombre y se expresa en armonizaciones y luchas entre lo que en un momento determinado se considera justo o injusto, correcto o erróneo, beneficioso o perjudicial. Podríamos pensar también en una cadena cuyos eslabones, a veces fuertes, otras débiles, se articulan de tal manera que logran caracterizar una sociedad dada. Cultura y democracia constituyen dos eslabones inseparables. Cuando la democracia desaparece, la cultura se rompe, al paso que, sin desarrollo cultural, la democracia se atrofia.

Veintitrés años apenas alcanzan a ser un parpadeo de la historia. No obstante, en nuestra experiencia venezolana, este

lapso de búsqueda y gradual articulación democrática arroja invalorable lecciones para nuestro país, para nuestro convulsionado continente y, también, para el mundo.

La apertura democrática ha llevado a Venezuela a ser parte integrante y activa del complejo mundo actual. Se han abierto anchas puertas a los avances y logros relativos al hecho cultural y al trascendental debate político-teórico que a nivel planetario se está produciendo sobre la concepción y significado de la cultura. Es imprescindible que pongamos atención en este hecho y, para comprenderlo mejor, no sólo recurramos al triste recuerdo de nuestros largos períodos de dictadura sino que volquemos también la mirada al oscurantismo que envuelve a otros países, muchos de ellos sufriendo la ruptura de una tradición democrática de elevado valor en sus expresiones espirituales, literarias, artísticas y educativas. El doloroso proceso de la llamada fuga de cerebros que la dictadura totalitaria ha generado, amputando a pueblos fraternos de múltiples y valiosos miembros, ha tenido siempre una respuesta positiva de las democracias al acogerlos, darles asilo y trabajo, incorporándolos al proceso de su propio desarrollo cultural.

No negamos que la transculturación compulsiva y violenta, sobre todo por la vía de lo que conocemos como

industria cultural, produce sombras en esta actitud de puertas abiertas, por donde se cuelan para producir nocivos efectos al desarrollo de nuestra identidad nacional. Sin embargo, nuestro deber es preservar la apertura democrática y luchar contra esos elementos nocivos dentro de estas reglas del juego. Jamás debemos escudarnos en estos efectos colaterales para justificar una supuesta invalidez de la democracia.

Desde otro ángulo, siempre pensando en Venezuela como parte integrante y activa del mundo actual, en estos años los creadores venezolanos han tenido un sin fin de oportunidades para difundir por los cinco continentes su voz y la voz de nuestro pueblo; no sólo en el campo de las expresiones culturales, sino además en el aporte, a organismos internacionales, de nuestras experiencias y reflexiones sobre la planificación del desarrollo cultural, su concepción y sus alcances. Muchos éxitos podríamos citar en ambas esferas.

Deseo dejar constancia de que la reunión que en este momento realizamos aquí, se inserta en el debate mundial sobre el papel de la cultura en la sociedad, y constituye, en sí un logro de nuestra vida democrática.

**LA CULTURA: FACTOR DETERMINANTE DEL DESARROLLO INTEGRAL DE LA SOCIEDAD.**

La sociedad venezolana, al igual que la de todos los países, está afectada por desigualdades, desajustes y contradicciones.

La democracia necesita convertirse en un instrumento eficaz para profundizar en esas causas y proponer alternativas de perfeccionamiento constante. Desde la perspectiva de identificar el factor cultural en su incidencia en el desarrollo social, la democracia permite participar en el debate y discutir abiertamente cuestiones de fondo que intervienen en la formación de esas instancias.

Para nadie es un secreto que el principal problema social y económico que confronta Venezuela es la creciente y contrastante desigualdad entre los ciudadanos. El modelo económico adoptado por los grupos que han ejercido el liderazgo del país en las últimas cuatro décadas de explotación petrolera descansa en el objetivo de crecimiento de la producción; es decir, en la expansión continua del acervo de bienes de consumo y bienes de producción, subestimándose cualquier elemento externo de este modelo y, por lo tanto, prescindiendo de consideraciones sobre el impacto del desarrollo productivista en la esfera de las necesidades culturales de la población.

Los imperativos económicos que actúan de modo determinante sobre el tejido social tienen como resultado el

sometimiento del hombre y de la naturaleza a unas condiciones y regulaciones que son contradictorias en el funcionamiento del ecosistema sociedad-naturaleza. La degradación del hombre y del ambiente es la expresión concreta de estas contradicciones. Por consiguiente, es preciso enfatizar que el predominio de los factores económicos no puede erigirse en una categoría absoluta de los objetivos sociales, puesto que en el proceso de desarrollo participan otras fuerzas no menos importantes que tornan complejo el análisis de nuestra sociedad.

La democracia, como instrumento, abre el espacio no sólo para poner en discusión el diagnóstico sino también para sugerir alternativas. Y ello apunta a la esencia de lo cultural, que afortunadamente en estos años ha rebasado -con nuestro decidido esfuerzo- el estrecho marco de uno de sus componentes: las bellas artes.

No existen dudas de que la búsqueda de vías de desarrollo es una necesidad que comienza a emerger en la comunidad intelectual venezolana con el propósito de evitar, por una parte, la agudización de las contradicciones entre personas, instituciones e ideologías y, por la otra, el colapso de la sociedad venezolana a la vuelta del siglo en razón del aumento de las desigualdades y el proceso de despilfarro creciente de

recursos de todo tipo. Desde este punto de vista, es interesante identificar algunos postulados generales que se están prefigurando como esenciales para reformular el desarrollo nacional:

- 1) Promover otro modelo de desarrollo es admitir que el modelo histórico de los países industrializados tiene validez universal.
- 2) Es tomar conciencia de la necesidad de que un modelo de desarrollo auténtico significa que los objetivos de ese desarrollo y los modos de lograrlo deben estar determinados por cada cultura.
- 3) Establecer las condiciones de la diversidad cultural, también considerar las necesidades fundamentales de los grupos sociales: no puede adoptarse un modelo viable si un grupo social impone sus necesidades a expensas de otro grupo.
- 4) El desarrollo no puede reducirse al establecimiento de objetivos y metas exclusivamente económicos. Por el contrario, debe tomar muy en cuenta el conjunto de todos los componentes de la vida social.

Tales postulados, producto de la búsqueda en el campo que

la democracia despeja, tienen como consecuencia necesaria la perfectibilidad constante de ésta. La democracia representativa que predomina en el país no es instrumento suficiente para un desarrollo alternativo, donde todos los componentes de la vida social sean adecuadamente considerados. Por ello, virtualidades y prefiguraciones tratan de hacerse espacio para ir forjando un tipo de democracia participativa que permita a la comunidad tener acceso mismo de toma de decisiones. En este sentido, las múltiples manifestaciones culturales que cotidianamente producen los grupos humanos que integran nuestra sociedad, constituyen, a la vez, valiosos medios de investigación y deliberación sobre el tipo de desarrollo que se propone.

Por otra parte, en los últimos treinta años el desarrollo acelerado de los nuevos recursos de la comunicación ha sido espectacular, fundamentalmente en lo que concierne a la transmisión de señales y mensajes. Sus efectos reales sobre la población están aún por determinarse. Sin embargo podemos confirmar que la televisión es en la actualidad el mecanismo más eficaz para modelar la percepción colectiva de la realidad. Dados los contenidos de los programas difundidos por el sistema venezolano, este medio, a la vez que proporciona una información casi inmediata de

los sucesos y actividades de Venezuela y del mundo, por la deficiente calidad de la mayor parte de su programación, es el instrumento más eficaz para estructurar un sistema de valores que está en contradicción con las aspiraciones y necesidades del pueblo.

Si se desea reorientar el desarrollo nacional sobre bases culturales auténticas, es preciso que se adopte una política clara y coherente con el aporte tanto público como privado en relación con el manejo y aprovechamiento de los medios de comunicación fundamentalmente la televisión y la radio. El proceso de información de la sociedad merece la más alta prioridad en la configuración de una política cultural que promueva el desarrollo humano. La intención en esta materia tiene un propósito eminentemente educativo y de participación social. Hay que procurar comprender los niveles de organización de la sociedad y de los ecosistemas, profundizar las experiencias personales que promuevan una mayor integración tanto a nivel individual como a nivel social.

El propósito esencial en este campo, consecuentemente, no es proporcionar al Estado más poder en el control y manejo de la información ni tampoco propiciar una saturación de los procesos comunicacionales, ni mucho menos aumentar la recolección y almacenamiento de información por

determinados individuos. Los sistemas de comunicación y los medios técnicos empleados en los mismos deben ser al mismo tiempo lo más diversificados independientes los unos de los otros; de lo contrario, los procesos culturales consiguientes van a acentuar aún más las desigualdades sociales y las frustraciones que en el plano intrapersonal implica un estilo de vida impregnada por informaciones banalizadas y alienantes.

La vida cultural de Venezuela en estos 23 años de democracia, nos lleva a reflexionar profundamente sobre los problemas aquí planteados. Pero tal reflexión jamás nos debe hacer perder de vista los logros que los diversos grupos sociales e individuos que conforman nuestra nación han logrado. Porque ellos son precisamente producto de la democracia, con todos los vacíos, deficiencias, errores y riesgos que podamos anotar. A nadie le cabe duda de que en este lapso ha habido un ascenso en la libre expresión de nuestro pensamiento, que la búsqueda de una identidad nacional basada en los auténticos valores de nuestra cultura marca una curva ascendente en su lucha contra la transculturación violenta a que estamos sometidos; que nuestros creadores han multiplicado nuestro acervo cultural y que empieza a gestarse una extensiva red de contactos entre las comunidades y las diversas regiones del país, también en

lucha contra estructuras centralistas y pretensiones de sectarismo político, institucional y regional. Tampoco pueden existir dudas sobre la creciente intensificación de nuestras relaciones culturales internacionales y el reconocimiento cada vez mayor que en el mundo tienen los valores que nuestro país produce.

Deseo referirme a un punto del mayor interés en torno al tema que nos preocupa: la gestión del Estado. Dos problemas centrales han caracterizado la gestión del Estado en estos veintitrés años. En primer lugar, una insuficiente e inadecuada atención al desarrollo cultural. Esto se traduce en la dispersión de los recursos que existen para estimular su desenvolvimiento o, lo que es lo mismo, irracionalidad en el uso de esos recursos debido a la atomización de las estructuras dedicadas a lo cultural y a la carencia de planificación en base a una estrategia coherente de desarrollo. Un extremo grave en el contenido de este tipo de gestión ha sido la evidente dirección, hasta ahora, hacia una cultura de carácter elitescos, donde se ha considerado como cultural casi exclusivamente a las bellas artes, con el agravante de juzgarlas sobre la base de parámetros foráneos. Esto no sólo redundará en una estrecha concepción de la cultura, sino que pone de relieve el segundo de los problemas enunciados: la casi nula atención a las

expresiones culturales populares que, en esencia, constituyen los fundamentos más sólidos de nuestro ser nacional.

Estos dos problemas fundamentales acarrearán otros que son expresión, en lo cultural, de los vicios que hemos venido arrastrando a través de largo tiempo. Especial atención merece -ya lo hemos dicho en repetidas ocasiones- el apabullante centralismo que concentra en Caracas las dos terceras partes del presupuesto y de las actividades culturales, promovidas a nivel profesional. Estos vicios son pesados para el pueblo, malos para el país, inhóspitos para la cultura e incomprensibles en una democracia.

Conscientes de la seriedad de estos problemas, nos encontramos actualmente abocados a la tarea de ir, explorando vías alternas de desarrollo. Estamos realizando un estudio serio y a fondo de la realidad institucional del sector cultura, así como del papel que en la sociedad venezolana juega el hacer cultural como factor de desarrollo integral de la sociedad. Tal estudio no lo enfrentamos como un mero ejercicio académico, sino que tratamos de combinar la elaboración teórica con la experimentación práctica. Estamos combatiendo el centralismo con la regionalización. Y para hacer esto, nuestro trabajo a nivel regional se sitúa en una actitud

de respeto hacia los ejecutivos estatales y las comunidades culturales de cada región. Aprendemos de ellos y damos la asesoría que ellos mismos consideran necesaria para autogestionar su propio desarrollo, en el marco de la identidad nacional. Así vamos haciendo práctica la democracia participativa.

En la misma perspectiva, hemos puesto atención preferencial en la promoción de las expresiones culturales del pueblo. Para ello diseñamos un plan (Plan Sebucán) cuyo propósito es contribuir a insertar en una estrategia de desarrollo coherente una acción cultural, que siendo muy rica y variada, se muestra dispersa y discontinua.

la regionalización y el estímulo a la cultura popular, reforzados por el primer censo nacional del sector cultura que realizamos en la actualidad, constituyen fuentes de referencia prioritaria en el estudio y diseño de la reestructuración del Estado en este campo tan importante para el desarrollo de la sociedad.

Entendemos que este no es un trabajo que pueda concluirse de la noche a la mañana, sino que constituye un proceso donde los logros específicos son tan importante como el estilo de trabajo y los modos o metodologías con que se aborda la acción. En todo caso, tenemos el pleno convencimiento de que este es el único camino verdadero para el desarrollo cultural, y que para ello es

**CULTURA** necesario preservar la democracia, perfeccionarla y no someterla a las aventuradas jugarretas que generan aquellos que, alegremente, se valen de la democracia para sembrar desconcierto, caos,

desequilibrio y frustración, ocultando así mezquinos intereses y tratando, en la práctica, de asfixiarla hasta la consunción. Esto sería una lápida para el desarrollo cultural.

---

---